



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

**Homilía en la Vigilia de oración previa a la Beatificación del Obispo Palafox
Iglesia de los PP. Carmelitas – El Burgo de Osma (Soria) (4 de junio de 2011)**

Eminencia Reverendísima, Cardenal Angelo Amato;
queridos hermanos en el Episcopado;
amados hermanos todos:

Nos hemos reunido en esta tarde para celebrar con profundo gozo esta Vigilia de oración que nos prepara para vivir con abundantes frutos el magno acontecimiento que vamos a recibir como don de lo Alto mañana en la S. I. Catedral. Es este momento de oración una preparación y, al mismo tiempo, una acción de gracias al Padre por habernos regalado a nuestro Obispo Palafox, un prelado del siglo XVII pero con una vida y un mensaje de profundísima actualidad, y que son para nosotros una verdadera interpelación para nuestra vida creyente.

Esta Vigilia de oración nos ha de ayudar a alzar nuestro corazón al Señor, por intercesión de quien desde mañana podrá ser llamado beato, para que Dios nos ayude a prepararnos a recibir las innumerables gracias que el Señor nos tiene preparadas como fruto y con ocasión de la extraordinaria jornada que supone para la Iglesia, especialmente para el pueblo de Dios que camina en Osma-Soria, la Beatificación de quien fuera nuestro Obispo. En el caer de la tarde queremos pedirle al Señor que nos ayude a imitar la vida del próximo beato y a vivir las virtudes cristianas como él lo hizo, de una manera tan extraordinaria.

Una vez más, hermanos, esta Vigilia nos va a dar la ocasión de aproximarnos a una espiritualidad tan rica, tan interpeladora como es la de nuestro Obispo, sobre todo para contrastar su forma de vivir con la nuestra y descubrir que, ya que él vivió con tanta generosidad, entrega y dedicación, nosotros debemos hacerlo de la misma forma; estaremos así respondiendo verdaderamente a las exigencia de nuestra fe en el momento actual.

El centro de la rica espiritualidad palafoxiana lo ocupa su amor a Cristo crucificado. *“Amor meus crucifixus est”* -“mi amor está crucificado”- era su lema episcopal. Si toda su vida, desde el momento de su conversión, no fue otra cosa que la vida de alguien enamorado plenamente del Señor, este enamoramiento lo expresaba con una intensidad especial cuando contemplaba a Cristo crucificado. Cuando nuestro Obispo contemplaba la entrega de Cristo hasta la muerte en la Cruz por nosotros, sus ojos se convertían en fuentes de las que brotaban las lágrimas a borbotones. Con mucha frecuencia, en la celebración de la Eucaristía le sobrevénia un llanto incontenible a la vista de la Muerte redentora del Salvador. Era tal el amor y la veneración que tenía hacia el Crucificado, tal la generosidad que veía en la entrega del Verbo eterno por nosotros sin nosotros merecerlo, que muchas lágrimas de agradecimiento corrían por sus mejillas. Este hecho, según sus biógrafos, se repetía muy frecuentemente al celebrar la Santa Misa, especialmente

cuando la celebraba en un convento o solo y podía hacerlo con todo el tiempo necesario; es por eso que -junto al purificador- le preparaban siempre un pañuelo con el que pudiera enjugar sus lágrimas.

Tenemos, pues, en Palafox todo un modelo de contemplación, celebración y vivencia de la Sagrada Eucaristía como Acción de gracias al Padre por la entrega de Cristo que nos urge a nosotros a que, cada vez que celebremos o participemos en la Eucaristía, lo hagamos con profundo agradecimiento, con gran admiración y con el compromiso hacia nuestros hermanos de entregar nuestra vida por ellos, del mismo modo que lo hizo el Señor.

Otro aspecto central de la espiritualidad del Obispo Palafox es su amor a y por los pobres y desheredados del mundo. Este marcado acento de su vida interior llama más la atención, si cabe. ¿Por qué? Juan de Palafox era Obispo de Puebla de los Ángeles, Visitador general de aquellos Reinos y sus Tribunales, Virrey de México (tierra de oro y plata), etc. títulos todos ellos que harían pensar en una vida llena de lujos, como las vidas de los grandes magnates de su tiempo; sin embargo, el próximo beato fue capaz de vivir hasta las últimas consecuencias el espíritu de pobreza y decoro episcopal, viviendo con los pobres y para los pobres pues él, pudiendo haber vivido ostentosamente, rodeado de lujos y grandezas, vivió en la más estricta de las pobreza y murió en la más absoluta indigencia; todo por amor a Cristo pobre a quien en todo momento veía identificado y presente en los pobres e indigentes que acudían a él pidiendo limosna y socorro.

Palafox no solo ejerció la caridad con los pobres para socorrer sus necesidades físicas. Su opción preferencial por los pobres constituyó en su vida una actividad pastoral de gran importancia y un medio fundamental para la propia santificación. Él lo dio todo por caridad cristiana, sin reservarse nada, porque su vida y su muerte, su presente y su futuro lo sabía puestos en las manos de Dios; por eso podrá decir al final de su vida: *“Todo es de Dios y nada le damos; no somos dueños sino mayordomos suyos. Los pobres le representan y nosotros también: ellos al ser socorridos y nosotros al socorrerlos. Dios nos dio hasta su misma sangre de limosna y así todo lo debemos; por eso no ha de tener términos la limosna”*.

Este amor, esta entrega y esta opción total y preferencial de Palafox por los desheredados llaman especialmente la atención hoy, en una sociedad en la que utilizamos grandes palabras como justicia, solidaridad, bien común, generosidad, gratuidad, vida digna, lucha contra la pobreza, compartir, cultura del bienestar, etc. pero que en tantas ocasiones son sólo eso, palabras; palabras no siempre llenas de contenido sino más bien huecas, pues tenemos la certeza de que los pobres cada vez son más pobres y los ricos cada vez más ricos; palabras vacías porque la situación económica mundial a la que hemos llegado ha sido fruto de las injusticias y de los “trapicheos”, de la avaricia y del egoísmo, de buscar sobre todo el enriquecimiento rápido sin pensar quienes eran los perjudicados.

Al fijar la mirada en el testimonio que recibimos de nuestro Obispo Palafox, nuestras actitudes con relación a los demás -sobre todo con los pobres y necesitados de nuestro momento actual- se quedan, cuando menos, muy lejos de ser las que Dios quiere. Lo vuelvo a recordar: Palafox pudo haber vivido como un

verdadero magnate, rodeado de lujos y nadando en la abundancia pero su fe le llevaba por otro camino totalmente opuesto a lo que le ofrecía el mundo que le rodeaba. En efecto, su fe le pedía poner como primer y casi único centro de sus desvelos a los pobres y necesitados, y atenderlos entregando todo cuanto tenía para que ellos pudieran vivir una vida digna. Éste es un auténtico reto para nosotros hoy.

Ahora bien, nuestro próximo beato se preocupó de socorrer a los pobres no sólo en su pobreza material sino también por sacarlos de sus pobrezas intelectuales o espirituales; él se preocupó siempre por su formación humana y cristiana de tal manera que su amor y entrega hacia ellos consiguiera hacer renacer en sus vidas los valores humanos y cristianos, valores que les ayudaran a dignificarse totalmente y a encaminar sus vida a Dios.

Entre nosotros hoy existen ciertamente muchas pobrezas materiales que echan profundas raíces en personas y en familias que no pueden permitirse nada más que lo imprescindible para subsistir, y a veces ni tan siquiera eso. Pero además de estas pobrezas materiales -fruto y consecuencia de la crisis económica- percibimos también una pobreza más importante, la espiritual, que subyace en todas las otras pobrezas materiales: Es la crisis de valores y actitudes, es la crisis de valores morales, la crisis de la dignidad del ser humano.

Cuando la persona no es el centro de la vida social; cuando el dinero se convierte -no en un medio al servicio de la persona sino en un fin en sí mismo y en un *diosecillo* al que la persona sirve como al Dios supremo- se está produciendo un desorden y un desajuste social de enormes proporciones que trae consigo consecuencias importantes. Detrás de la crisis financiera se vislumbra el fracaso de esta sociedad del bienestar y de un modelo de desarrollo que no ha logrado disminuir las desigualdades ni reducir la pobreza. En Palafox encontramos el modelo de alguien que vivió la realidad de una manera totalmente distinta y que interpela nuestros comportamientos.

Muy unida a su capacidad de entrega total a los más pobres descubrimos otra nota fundamental en la espiritualidad palafoxiana: su vida de austeridad, mortificación y sacrificio. Palafox, para poder ser fiel y consecuente con las exigencias de la fe y con la fidelidad a Cristo, propone la sobriedad, la austeridad y la mortificación en la vida como medios para que *“vaya cobrando en nosotros fuerzas la voluntad de Dios y destruyendo y deshaciendo la propia; para adquirir y conservar la gracia, corregir y sujetar la naturaleza”*.

Su vida fue una vida realmente templada, austera y sacrificada. Lo manifiesta patentemente, por ejemplo, en su forma de vestir ya que frente a la sociedad indiana y virreinal que vestía trajes de seda llenos de adornos lujosos, Palafox optó por una forma de vestir en clave evangélica, buscando no lo permitido sino lo más perfecto (su vestido tenía corte de hábito de monje). Igualmente habla de sobriedad su misma comida, que lo es como de monasterio; o su dormitorio, más parecido a una celda monacal que a los aposentos de un virrey. También es muy reseñable en él la vivencia del ayuno: lo hacía todo el año, a excepción de los

domingos, y su comida era casi siempre a base de legumbres; incluso muchas noches no tomaba nada, ni siquiera una frugal colación.

En un mundo como el nuestro, hermanos, materialista y materializado, en la sociedad del bienestar; en un mundo de fachada y de grandes lujos, encontramos en Palafox -también en este aspecto- un verdadero ejemplo de vida. Hoy que hemos borrado de nuestro diccionario personal y de la sociedad términos y vocablos como sacrificio, renuncia, mortificación, etc. la vivencia de nuestro Obispo resulta -cuanto menos- algo que choca frontalmente con nuestra forma de vivir, con nuestras aspiraciones y con nuestros deseos más profundos. Una vez más, su vida es llamada, testimonio e interpelación para nosotros que aspiramos siempre a lo cómodo y sencillo; que tantas veces no acertamos a comprender -y mucho menos a vivir- la mortificación y el sacrificio como necesarios para realizar una auténtica vida cristiana.

Sí, también en este aspecto, la vida de Palafox es llamada a vivir la nuestra como seguidores de Jesucristo desde la austeridad y el sacrificio porque solo así nuestra voluntad será, como él dice, lo suficientemente fuerte como para resistir las tentaciones del Maligno y lograr salir victoriosos del combate contra el Mal *“que, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar”* (1 Pe 5, 8)

Finalmente, queridos todos, una última nota de la espiritualidad del ya inminente beato en la que me querría detener en este atardecer es su amor y devoción por María y el rezo del Santo Rosario. Él fue un gran amante y un fidelísimo hijo de la Virgen Madre; fue un prelado que tuvo un verdadero interés en extender y propagar entre sus fieles el rezo del Santo Rosario, tanto en las iglesias como en el seno de las familias, dedicando incluso a esta práctica una de sus más importantes y bellas pastorales.

Sabemos que María Santísima es nuestro modelo de vida cristiana; lo es para todos los cristianos de todos los tiempos y -por lo mismo- debe serlo para nosotros hoy, especialmente en lo referente a la vivencia, a imitación suya, del plan de Dios en cada una de nuestras vidas. Sí, hermanos, ella sigue siendo modelo de mujer, de madre y de creyente para los creyentes del siglo XXI. Por eso, acudamos a ella, mirémosla y pidámosle que nos ayude a imitarla en la acogida de Dios, en su escucha de Dios y en su respuesta generosa al plan de Dios.

Pidamos el Señor en esta Vigilia que el ejemplo de vida de quien mañana será proclamado beato, su espiritualidad tan rica y actual, nos ayuden a honrarle de verdad de la mejor manera: imitando en nuestra vida su vivencia de las actitudes y virtudes cristianas en grado heroico, como él lo hizo.

Por la Beatificación del Obispo Palafox que mañana tendremos la gracia de “ver” con nuestros propios ojos ¡alabado sea Jesucristo!

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria